

www.elboomeran.com

BAHAA TAHER

El oasis

Traducción de Ignacio Gutiérrez de Terán

TURNER KITAB

Título original

واحة الغروب

© Bahaa Taher, 2007

De esta edición

© Turner, 2013

Rafael Calvo 42, Madrid

www.turnerlibros.com

De la traducción

© Ignacio Gutiérrez de Terán, 2013

Asesor de la colección

Gonzalo Fernández Parrilla

Diseño de la colección

Setanta

ISBN: 978-84-15832-47-8

D.L.: M-24005-2012

Impreso en España

Reservados todos los derechos en lengua castellana.

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Para Stefka Anastassova

ADVERTENCIA

El nombre verdadero del prefecto de policía del oasis de Siwa a finales del siglo XIX era Mahmud Azmi, y a él se le atribuye una acción que dejó una huella imperecedera en el oasis. El lector la reconocerá cuando se produzca, según avance la novela.

A excepción de este episodio, no constan noticias ni crónicas publicadas sobre el personaje en cuestión ni sobre su biografía.

PRIMERA PARTE

1

Mahmud

«Su esposa es una mujer valiente», me ha dicho. ¡Como si yo no la conociera! ¡Si ha sido ella quien ha insistido en acompañarme a pesar del peligro! Aunque no sé muy bien si de verdad conozco a Catherine... En cualquier caso, no es el momento de pensar en eso; lo importante es que no ha hablado de ella. Cada una de sus palabras tienen una razón de ser, pero Catherine no constituye ahora el problema principal. Además, no voy a resolver nada deambulando por los pasillos de este Ministerio del Interior en penumbra, rumiando los pormenores de la deprimente reunión con Mr. Harvey.

No hay nada nuevo en lo que me acaba de contar; ha dejado caer alguna que otra alusión más o menos explícita. Algunas las he podido captar y otras no sé muy bien cómo tomármelas. Antes de ver a Mr. Harvey sabía que el asunto estaba ya zanjado. El general Saíd bey ya me informó en su momento de que el inspector de la comandancia había enviado un informe a su excelencia el pachá secretario de Interior y que este había emitido la orden de mi traslado. No me quedaban más que unos días para unirme a la caravana que partía de Kirdasa. Se limitó, pues, a aconsejarme, como amigo, que no me hiciera acompañar por mi mujer.

—El viaje al oasis no es sencillo y tu misión, como sabes, es ardua. Pero, al fin y al cabo, la decisión te corresponde tomarla a ti. Mi obligación es advertirte de los riesgos de la travesía, que en condiciones favorables no dura menos de dos semanas, y eso con un guía experto.

Estoy convencido de que Saíd no quiso asustarme y de que ha hecho todo lo posible por librarme de esta misión. Nuestra amistad viene de lejos, por mucho que se haya enfriado con el paso del tiempo hasta el punto de verse reducida a una relación entre jefe y subordinado. Pero las historias y los secretos de otra época nos mantienen unidos. Hace años que no hablamos de todo aquello, pero ambos sabemos que el otro no ha dejado de acordarse. Los demás, sin embargo, me siguen previniendo del viaje con sospechosa compasión. Algunos están felices por haberse librado de la tarea y por que me haya tocado a mí. Otros se esfuerzan en ocultar la alegría que les produce mi desgracia mientras me hablan de todas las caravanas que se extraviaron en el desierto y terminaron engullidas por las dunas; de pequeñas cáfilas condenadas a deambular sin rumbo y de un portentoso ejército persa que enviaron en tiempos remotos a conquistar el oasis y que acabó siendo derrotado por el desierto, cuyas arenas lo sepultaron para siempre.

Afortunadas son las caravanas —me han dicho— que consiguen terminar la travesía antes de que se les agoten las provisiones de agua y de que el viento altere los hitos del camino, forme colinas que antes no existían o anegue los pozos en los que abrevar a los camellos. Afortunadas también si el campamento levantado para pasar la noche no sufre el embate nocturno de hienas y lobos o si a uno o dos de sus componentes no los muerde una serpiente.

Esto y más es lo que me han contado, pero yo no he prestado la más mínima atención. El miedo a que la caravana no llegue sana y salva a su destino no es menor que el que me inspira la posibilidad de que nos perdamos. Sé muy bien que me dirijo al lugar donde habrán de matarme a mí y quizá también a Catherine.

¿Es el anuncio de mi muerte una de las cosas que me ha intentado decir Mr. Harvey en nuestra reunión de hoy?

Entré en su despacho dispuesto a provocarlo. ¿Qué podía perder a estas alturas? Nunca antes había estado en la oficina de aquel secretario, que manejaba todos los hilos que movían el ministerio. Su diplomática forma de hablar me ha parecido más bien afectada. Él

mismo me ha resultado falso, sentado todo lo menudo que es tras su inmenso escritorio, con un nada convincente fez bajo el cual sobresalía el pelo rubio. No se ha dirigido directamente a mí, más bien invocaba algo imperceptible que debía de estar situado a su derecha, en un rincón de la estancia, sin parar de repetirme lo que ya le había oído decir al general Saíd, pero poniendo especial cuidado en incidir en lo que él suponía que era mi punto débil.

—Sin duda, estará usted contento, señor capitán Mahmud Abdel Zahir... Perdón, mayor Mahmud, debería decir ahora que ha sido usted nombrado prefecto de policía del oasis.

Fingió revisar mi expediente de servicio, colocado ante él, y continuó:

—Lleva usted mucho tiempo esperando este ascenso.

Lo interrumpí con una sonrisa que intenté que fuera educada:

—Pues es curioso, excelencia, porque pocos en este ministerio se han alegrado de este ascenso.

No hizo ningún comentario, ni tampoco me miró, y siguió pasando las hojas de otro expediente con el membrete, en inglés, de «Oasis de Siwa». Parecía disfrutar de la lectura. De vez en cuando murmuraba *«interesting, very interesting...»*. Después, alzó los ojos hacia mí con algo parecido a una sonrisa esbozada en los labios:

—Sabrá usted, señor mayor Mahmud, que solo podrá tratar con los cabezas de las familias principales, aquellos a quienes llaman en el oasis los «notables».

—Por supuesto, Saíd bey me ha dado toda la información necesaria.

Pero él continuó, como si yo no hubiera dicho nada.

—No debe mantener ningún trato con los campesinos, los... —Volvió a mirar el informe buscando la palabra.

—Los zejeleros —le recordé.

—Sí —repetió, echando otra ojeada al informe—, los zejeleros, eso es, si a ellos les gusta ese sistema, ¿qué nos importa a nosotros? Aquello se parece a Esparta, de alguna manera. ¿Sabe usted lo que es Esparta, en la Grecia antigua, Mr. Abdel Zahir?

—Lo sé, Mr. Harvey.

Algo parecido a una ligera decepción pareció surcar su rostro ante el hecho de que yo conociera aquella ciudad, pero no estaba dispuesto a renunciar a su disertación.

—Sí, se parece a Esparta, salvando las diferencias, claro está. Esparta era una ciudad hecha para producir soldados. Educaban a los niños desde su más tierna infancia para convertirlos en guerreros y los separaban del resto de ciudadanos. Hasta el punto de que toda Esparta era un ejército concentrado en una urbe. El mayor ejército de toda Grecia antes de la aparición de Alejandro. Y los tales zejeleeros, en el oasis, son también reclutas del campo; trabajan hasta que cumplen los cuarenta años. Durante todo ese tiempo se les prohíbe casarse o entrar en la ciudad después del atardecer.

Poco le faltó para decir que a él le parecía una ordenación social y un régimen de trabajo digno de consideración.

—Piense usted, Mr. Mahmud, en nuestras colonias en África y Asia, sumidas en el caos porque el trabajo allí...

—Excelentísimo secretario Mr. Harvey —lo interrumpí de nuevo—, nosotros no tenemos ninguna colonia en África y Asia. —Me abstuve de añadir que nosotros somos una colonia.

Durante unos instantes frunció el ceño, renunciando a explayarse sobre el asunto de las colonias y volvió a enfrascarse en los documentos. Luego alzó el rostro mostrando una sonrisa astuta.

—Los otros aspectos del modo de vida de esta gente no son de nuestra incumbencia, como la separación de hombres y mujeres en la edad juvenil... —dijo—. Nada, no tenemos que meternos en sus primitivas costumbres.

Comprendí el sentido de sus palabras, pero no hice comentarios. Él, por su parte, volvió a interpelar a ese alguien intangible situado a su derecha:

—Por supuesto, habrá escuchado ya de boca del señor Saíd bey que allí todos se dividen en dos clanes rivales.

—Sí, sí, ya lo sé, andan siempre guerreando —dije, comenzando a perder la paciencia.

—Eso tampoco nos incumbe —dijo, con la mirada fija de nuevo sobre mí y poniendo énfasis en sus palabras—. Las batallas y los conflictos que puedan tener entre ellos forman parte de su idiosincrasia, y son libres de hacer lo que les venga en gana con su vida, siempre y cuando nos sea posible mantener el dominio entablando alianzas concretas con uno u otro clan. Está probado y siempre funciona, a condición de no perpetuar la alianza con un mismo clan durante mucho tiempo. Hoy nos apoyamos en uno y mañana, en el rival. ¿Me sigue?

—Lo intento, excelentísimo Mr. Harvey, conozco esa política pero nunca la he llevado a la práctica.

—Ya aprenderá, señor prefecto —me respondió, con un nuevo deje de regodeo en sus palabras—. No olvide que su primera tarea es la de recaudar impuestos. Una tarea ardua, como usted bien sabe. Muy ardua. El instinto de supervivencia le enseñará a aplicar esta política y otras, mayor... —De repente se detuvo y volvió a sonreír—. En cualquier caso, no deja de haber algo cómico en el asunto. Esa gente construyó fortalezas en las montañas y erigieron un pueblo detrás de ellas para protegerse de las algaradas de los beduinos. Hoy, sin embargo, la sangre que los beduinos solían derramar en campo abierto la derraman ellos detrás de esos muros...

Le parecía algo muy sorprendente, muy oriental. En ese momento la sangre se me subió a la cabeza y proferí:

—Estas guerras intestinas dentro de una población las hay tanto en Oriente como en Occidente, Mr. Harvey. No tienen nada que ver con las invasiones extranjeras.

—El mayor Mahmud Abdel Zahir —continuó con tono gozoso después de mirarme detenidamente— sigue bajo los efectos de las ideas del pasado. ¿No será que de algún modo u otro sigue simpatizando con aquellos sediciosos?

Incapaz de contenerme, salté otra vez:

—Yo nunca he simpatizado con sedicioso alguno. Cumplía con mi deber, nada más. Y he pagado un precio injusto por ello, en dos ocasiones.

—En cualquier caso —replicó, sacudiendo la cabeza—, debe saber que su desempeño será objeto de seguimiento y supervisión.

Pensé que era mi última oportunidad y traté de hablar con un tono completamente neutro.

—Espero que cuando evalúen mi cometido lo encuentren satisfactorio. Pero, ¿y si fracaso?

—Sabe muy bien que usted será quien pague el precio —respondió con concisión, y añadió al instante, como si hubiera leído mis pensamientos—: Pero pase lo que pase, la recompensa no será volver a El Cairo —dijo. De repente cambió de asunto—: Debe saber que Saíd bey se oponía a que lo acompañara su esposa. Preocupado por su integridad física, por supuesto. Pero le repuse a su excelencia que el ministerio no se inmiscuye en la vida privada de los oficiales. Además, su esposa, según se piensa... —se detuvo de pronto, como si no supiera muy bien qué término elegir— es una mujer valiente —concluyó. Y volvió a repetirlo, asintiendo—: Sí, una mujer muy valiente.

No dije nada. Él se puso en pie y yo hice lo mismo.

—Irá con la cáfila de Kirdasa —comenzó, con tono oficial—, porque ya está dispuesta para el viaje. Pero debo enviar algunos caballos en la de Matruh, que parte dentro de dos semanas, y —hizo una pausa, con un esbozo de sonrisa en los labios— se me ruega que los corceles lleguen vivos.

Al salir de su despacho me he dicho: «Los ingleses me han derrotado una vez más». ¡Cuánto te odio, Mr. Harvey! ¡Cómo os odio a todos y a este ministerio! Pero no hay escapatoria.

Tengo que volver a casa a prepararme para el viaje. En todo caso, son pocos preparativos. Catherine ya dispuso el equipaje necesario en cuanto le informé de que los intentos por librarme de esta misión habían fracasado. También ha hecho acopio de todos los libros que hay dedicados al oasis o en los que se hace mención de él. No se le ha pasado nada. Ayer me estuvo hablando de su asom-

broso plan para hacer frente a las picaduras de los alacranes y las serpientes. La remití a uno de los maestros de la cofradía sufi de la Rifaiya y la convencí de que tenía experiencia en el tratamiento de mordeduras venenosas. Así que también le tiene miedo a eso. Entonces, ¿por qué tanto empeño en hacer este viaje? He hecho todo lo posible para que desista y se quede aquí. Pero ha sido en vano. Conoce muy bien los peligros que me esperan pero no le importa. Si fuera un ingenuo diría que todo esto lo hace por amor y para no dejarme morir solo. Me quiere, creo, pero no hasta ese punto.

He caminado desde el ministerio, a través de la calle de Dawawín, hasta llegar al departamento de policía de Abidín. En esa comisaría, cerca de la única casa que he conocido desde que nací, he pasado toda mi vida, y también la he echado a perder. Cuando era un niño jamás imaginé que acabaría trabajando ahí. En cualquier caso, ya no hay tiempo para arrepentirse. Además, ¿de qué debería arrepentirme? ¿Cuáles eran mis sueños de juventud? No tenía ningún proyecto de futuro, solo que las cosas siguieran como estaban. Una infancia feliz y una pubertad más feliz aún. Mi padre nunca nos privó de nada ni a mi hermano ni a mí. No nos prohibió ningún placer ni nos impuso normas estrictas para que termináramos los estudios en el plazo debido. A mi hermano Suleimán le gustaba pasar la mayor parte del día con mi padre en su tienda del Muski, aprendiendo los fundamentos del oficio. Yo, por mi parte, no tenía ninguna preocupación que turbara mi existencia. El país estaba en plena agitación —vivíamos en los estertores del mandato del jedive Ismael— y yo remoloneaba a placer en la escuela preparatoria, donde permanecí casi hasta cumplir los veinte años. Me dedicaba a alternar con mujeres y sirvientas, pasaba las noches con mis amigos de taberna en taberna. En nuestra gran casa de Abidín se celebraban casi a diario fiestas interminables, banquetes y veladas; entre los invitados se encontraba una nutrida representación de los cantantes y artistas más famosos. Todas las noches menos la de la víspera del viernes. Los jueves por la mañana los sirvientes retiraban los muebles de la sala grande del primer piso, cubrían los suelos

con alfombras y la perfumaban con incienso, distribuyendo por los rincones jarras de cobre con agua de azahar. Era la noche reservada a los miembros de las táricas sufíes, las salmodias y la recitación del nombre de Dios, veladas en las que mi padre, y yo con él, renunciábamos a los placeres mundanos. Repetía, sentado en círculo con ellos, las jaculatorias, declamando el nombre de Dios, dando vueltas hasta quedar exhausto y bañado en sudor; después me iba a dormir, un sueño profundo y plácido que duraba la noche entera. Por la mañana iba temprano con mi padre y mi hermano Suleimán a la mezquita de nuestro señor Husain a rezar la oración del viernes. Pero, por la noche, retomaba la rutina habitual. Así hasta que una tarde acabamos Subhi y yo, por casualidad, en la plaza de Ataba y vi a ese hombre con turbante que hablaba el árabe a la manera de los turcos o los sirios. Nunca había oído nada parecido antes; o quizá sí lo había hecho pero, hasta ese momento, no le había prestado atención. No obstante, las palabras de Gamal Afgani y el fervor de sus discípulos, sentados en corrillos en torno a él, me obligaron a escucharlo. Y así, a mi adicción al alcohol y a las mujeres, sumé las reuniones políticas de al-Afgani y los periódicos publicados por sus seguidores: *Misr*, *Al-Tiyara* y *Taif*. Cada vez que el Gobierno del jedive cerraba uno, ellos abrían otro para continuar publicando lo que publicaba el recién confiscado, centrandó sus críticas en los gobernantes que habían endeudado y arruinado el país. En especial, arrojaban su furia sobre el dominio ejercido por los europeos, cuyos representantes supervisaban las decisiones del Gobierno y disponían de consejeros en todos los ministerios. También oí por aquel entonces que Afgani y parte de sus discípulos eran masones y que los adeptos a esa gran comunidad profesaban diversas confesiones y creían en la libertad y la fraternidad entre todas las razas; así que yo hacía lo posible por sumarme a una de esas logias, a la espera del día en que la Tierra entera se convirtiera en una inmensa hermandad formada por personas libres. Del mismo modo, cuando me contaban que se había creado un partido nacionalista clandestino, corría a leer sus panfletos, como el de «Egipto, para los egipcios»;

pletórico y entusiasmado, iba a afiliarme a él sin saber siquiera cómo ni a quién acudir para hacerlo. Pero todo aquello cambió cuando la traición —la primera de ellas— entró en mi vida y el negocio de mi padre se fue a pique.

Aún hoy sigo sin comprender cómo pude hacer todas esas cosas sin ningún asomo de duda. Una cosa conducía a otra con fluidez; no había tensión, tampoco remordimientos. Tan natural resultaba que me emborrachara como que frecuentara los cónclaves masones, fornicara con toda clase de mujeres, acudiera a los mítines de Afgani o entrase en éxtasis en las veladas sufíes con mi padre y el resto de cofrades. Más aún, también me dio por pensar en estudiar y sacarme un título en la facultad de Derecho, donde todos los estudiantes soñaban con entrar. Me veía capacitado para ello, sobre todo porque en la escuela lo que más me gustaba eran la retórica y la literatura; sin embargo, mi padre se arruinó y todo aquello se vino abajo. Un comerciante griego lo embaucó con la promesa de grandes beneficios si importaba aceite de oliva de su país, pero luego lo abrumó con un sinnúmero de obligaciones e intereses, hasta quedarse como pago la tienda del Muski. Nos quedamos sin ninguna fuente de financiación para aquella mansión repleta de doncellas y sirvientes, y mi padre tuvo que utilizar todos sus recursos para enrolarme en la policía. En poco tiempo, con la educación que había recibido y con unos meses de adiestramiento, me convertí en oficial, y mi padre pudo sumirse en un estado de aguda melancolía con el consuelo de que mi sueldo podría, al menos, mantener a mi madre y a mi hermano y conseguir que la casa siguiera abriendo sus puertas, si bien sin banquetes, conciertos, ni veladas místicas. Las visitas se acabaron y con ellas los cofrades y los recitadores. Ya no volvería a asistir a uno de esos círculos sufíes hasta muchos años después, cuando el almirante Saíd me invitó a un *dhikr*, una ceremonia de recitación del nombre de Dios según los usos de su cofradía. Pero ya no era lo mismo, ya no sentía la emoción ni el frenesí de antaño.

Ahora me pregunto si todo aquel pasado lejano ha desaparecido para siempre, si aquel joven de espíritu disoluto ha podido

recomponer su ser o si el tiempo lo ha vuelto todavía más inconsistente. Cuando después de muchas cavilaciones acabé casándome con Catherine, pensaba que por fin podría hallar un equilibrio. Pero ahora que tengo un hogar y una esposa inteligente y audaz, ¿por qué sigo sin disfrutar de ninguna estabilidad? ¿Por qué se me sigue resistiendo? Mi única certeza es este uniforme de oficial y este empleo que nunca deseé pero que, no obstante, es el único que sé desempeñar, a pesar de todos los sinsabores... Ah, y también está ese oasis.